

RICHARD OSMAN

RESOLVEMOS ASESINATOS

**¿UN CRIMEN
SIN SOLUCIÓN?
CONFÍA EN NUESTRA
EXPERIENCIA.**



RICHARD OSMAN

RESOLVEMOS ASESINATOS

Traducción de Albert Fuentes

Título original: *We Solve Murders*

© Six Seven Entertainment Ltd., 2024

© por la traducción, Albert Fuentes, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© de la ilustración del interior, Shutterstock

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-30049-6

Depósito legal: B. 2.138-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Había ocurrido por fin.

Andrew Fairbanks siempre había sabido que algún día sería famoso. Y ese día —un martes tranquilo y soleado de primeros de agosto— había llegado finalmente.

Los años publicando vídeos de fitness en Instagram le habían granjeado bastantes seguidores, desde luego, pero nada que ver con esto. Esto era una locura.

Había mantenido una relación intermitente con una cantante pop del montón que le había valido ver su foto en los periódicos de vez en cuando. Pero nunca en primera plana como hoy.

La fama, buena o mala, que Fairbanks había perseguido durante tanto tiempo por fin le había llegado. Su nombre corriendo de boca en boca por todo el mundo. *Trending topic* en las redes sociales. Ese selfi en el yate aparecía por todas partes. Andrew, sin camisa y bronceado, guiñando los ojos, mirando a cámara, mientras el sol titilaba radiante a su espalda. Empuñaba una botella de Krusher, una marca de bebidas energéticas, y brindaba con felicidad.

¡Y los comentarios debajo de la foto! Los emojis: cora-

zones, llamas... Tanta pasión. Todo lo que Andrew había soñado desde siempre.

Algunos de los comentarios quizá le hubieran bajado el ánimo un poquito. «Una pena que muriera tan joven», «Está cachas. Descanse en paz», «Es tremendo ver esta foto sabiendo lo que iba a pasar después». Pero ninguna queja sobre la cantidad. La circulación de la imagen era impresionante. En las oficinas de la productora de *La isla del amor*, su fotografía pasaba de ordenador en ordenador, y todo el mundo comentaba que Andrew habría sido un concursante ideal si no hubiera... En fin, qué se le va a hacer...

Sí, por fin todo el mundo conocía a Andrew Fairbanks. O «el trágico *influencer* de Instagram Andrew Fairbanks», que es como casi todo el mundo lo conocía ahora.

Así que no todo eran aplausos. De hecho, esos mínimos aplausos empezaban a apagarse un poco. Es miércoles por la tarde y su nombre ya empieza a perder puestos en las listas. Pasan otras cosas en el mundo. Una estrella del béisbol ha metido la camioneta en la piscina de su exmujer. Una creadora de vídeos de belleza ha dicho alguna inconveniencia sobre Taylor Swift. La conversación, como las tornas, está cambiando.

Alguien había encontrado el cuerpo sin vida de Andrew Fairbanks: un disparo en la cabeza, atado a una cuerda, arrojado por la borda de un yate que cabecaba perdido en el Atlántico. No había nadie más en la embarcación, tampoco el menor rastro de la presencia de otras personas en el momento de los hechos, con la excepción de una bolsa de cuero que contenía cerca de un millón de dólares.

Pero ninguno de esos detalles da para una fama que

dures más allá de un par de días. Quizá algún día dediquen un podcast al caso o, mejor todavía, una *true crime* en Netflix, pero, por ahora, el foco que iluminaba a Andrew Fairbanks está apagándose.

Pronto no será más que un tipo en una foto con una bebida energética violeta en la mano frente a un mar azul, un cadáver en una morgue de Carolina del Sur, del que se diga de vez en cuando: «¿Te acuerdas de ese tipo al que mataron en un yate con toda esa pasta?».

¿Quién lo mató? A saber. Alguien tuvo que ser, desde luego, y en las redes sociales abundan todo tipo de opiniones y teorías al respecto. ¿Por qué lo asesinaron? Ni idea, algún motivo tuvo que haber, ¿no? ¿Una novia celosa? ¿Un rival de Instagram que le disputaba el trono del fitness? Hay un montón de explicaciones posibles. ¿No te parece increíble lo que ha dicho esa bloguera sobre Taylor Swift?

De todos modos, menudo viajecito, aunque solo hubiese durado un día. Si Andrew hubiese seguido con vida, estaría buscándose un representante a jornada completa. Consígueme más contratos, barras de proteínas, clínicas para el blanqueamiento dental, ¿crees que podría lanzar mi propia marca de vodka?

Sí, aunque solo hubiese durado un día, todo el mundo había querido su trocito de Andrew Fairbanks. Pero el caso es que no quedaban muchos pedacitos de Andrew después de que los tiburones se hubieran cebado con él.

El mundo del espectáculo es así.

—¿Qué es lo que no te gusta de ti? —pregunta Rosie d'Antonio. Está sentada en una butaca hinchable en forma de trono, en una piscina en forma de cisne—. Siempre se lo pregunto a la gente.

Amy Wheeler está sentada, recta como un palo, en una silla de jardín junto a la piscina, con el sol en los ojos y la pistola al alcance de la mano. Le gusta Carolina del Sur. Sus rincones menos frecuentados, como mínimo. Primera hora de la mañana, temperatura por encima de los treinta grados, brisa del Atlántico y nadie, de momento, que intente matarla. Hace tiempo que no dispara a nadie. No se puede tener todo en la vida.

—Mi nariz, supongo —dice Amy.

—¿Qué tiene de malo tu nariz? —replica Rosie antes de dar un sorbo a un líquido verduzco con una pajita no reciclable, mientras remueve el agua de la piscina con la mano libre.

—No lo sé. —A Amy le alucina que Rosie d'Antonio esté perfectamente maquillada en la piscina. ¿Cuántos años tendrá? ¿Sesenta? ¿Ochenta? Es un misterio. En su ficha, donde debería constar su edad, se lee: «Se negó a revelarla»—. La veo y pienso que está mal. Que no encaja.

—Arréglatela. Más grande, más pequeña, lo que te apetezca. La vida es demasiado corta como para ir con una nariz que no te gusta. La desnutrición, las hambrunas... Eso sí que son problemas. O quedarte sin wifi. Las narices no son un problema. ¿Hay algo más que no te guste de ti?

—El pelo. —Amy corre el peligro de relajarse. Siente que ese peligro se acerca sigilosamente. Detesta relajarse. Demasiado tiempo para pensar. Prefiere la acción—. Lo tengo muy rebelde.

—Y que lo digas —repite Rosie—. Pero eso tiene fácil arreglo. Tengo contratada a una técnica capilar. Viene en avión desde no sé dónde. Chile, creo. Cinco mil dólares y problema resuelto. Los pago encantada.

—Y tengo las orejas diferentes —dice Amy.

Rosie inclina la cabeza y se impulsa remando con las manos para acercarse a ella. La observa con detenimiento.

—Pues no lo veo. Tienes unas orejas preciosas. Como las de Goldie Hawn.

—Una vez me las medí con una regla, cuando iba a la escuela. Solo es un milímetro, pero siempre me fijo. Y tengo las piernas cortas, comparadas con el resto del cuerpo.

Rosie asiente antes de volver a remar hacia el centro de la piscina, donde el sol pega más fuerte.

—Bueno, al grano. ¿Qué es lo que sí te gusta de ti?

—Soy inglesa —responde Amy—. No me gusta nada de mí.

—No me vengas con historias —replica Rosie—. Yo también lo fui. Y lo superé. Elige algo.

—Creo que soy una persona leal.

—Es una virtud —conviene Rosie—. Para un guardaespaldas.

—Y como soy paticorta tengo bajo el centro de gravedad. Así que se me da muy bien el combate cuerpo a cuerpo.

—Estupendo. —Rosie asiente—. Leal y muy buena en las peleas. —Levanta la cabeza para que el sol le dé en la cara—. Si alguien trata de pegarme un tiro esta semana, ¿tendrás que tirarte delante de mí para recibir tú la bala?

—Esa es la idea —dice Amy sin convicción—. Aunque eso es más típico de las películas.

No es fácil tirarse para recibir una bala que no es para ti, a tenor de su experiencia. Las balas son muy rápidas.

—O de las novelas —añade Rosie—. ¿Te apetece un canuto? Creo que me voy a fumar uno.

—Mejor no. Maximum Impact nos obliga a hacernos análisis de sangre cada tres meses. Es política de la empresa. El mínimo rastro de drogas y me echan.

Rosie suelta un gruñido que podría interpretarse como un «vale».

No es el trabajo más emocionante que le hayan encargado, pero luce el sol y la clienta le cae bien. Rosie d'Antonio, la novelista que más vende del planeta «si descontamos a Lee Child». Su mansión de estilo español en su isla privada frente a las costas de Carolina del Sur. Con su propio chef particular.

Una vez, por una serie de motivos operativos que no vienen al caso, Amy tuvo que pasarse casi todo un mes viviendo dentro de un oleoducto abandonado en Siria, así que algo ha mejorado. El chef le trae una bandeja de blinis con salmón ahumado. No es un chef de verdad —fue soldado de élite en los SEAL y se llama Kevin—, pero aprende rápido. Anoche, su *boeuf bourguignon* fue

todo un éxito. Al chef habitual de Rosie le han dado dos semanas de permiso. Amy, Rosie y Kevin, el Navy SEAL, son las únicas personas en la isla, y así seguirán las cosas por ahora.

—Nadie está autorizado a liquidarme —dice Rosie. Ha remado con las manos hasta el borde de la piscina y está liándose el porro—. Salvo yo.

—Y yo no voy a permitirlo —asegura Amy.

—Pero alguien podría intentar meterme un tiro. Nunca se sabe, tal como está el mundo, y bla, bla, bla. De modo que, si alguien lo intentara, nada de saltar para recibir el balazo, ¿vale? No lo hagas por mí. Deja que maten a la vieja.

Maximum Impact Solutions, la firma para la que trabaja Amy, es la agencia de protección personal más importante del mundo, o la segunda más importante desde que Henk van Veen dio un portazo y se llevó a la mitad de los clientes. Si alguien intenta robarte, si alguien quiere matarte o si cunde el descontento en tu ejército privado, son la gente a la que tienes que llamar. Maximum Impact Solutions tiene muchos lemas, pero «Deja que maten a la vieja» no es uno de ellos.

—No voy a permitir que nadie te mate —repite Amy.

Recuerda haber visto varias veces a Rosie en el televisor comunitario cuando era niña. Esas hombreras, esa actitud. Le cambió la vida ver lo fuerte que podía ser una mujer cuando ella dormía todas las noches acurrucada como un ovillo bajo las sábanas y soñaba con un futuro mejor. Rosie no va a morir mientras ella la vigile.

—¿Y ese acento? —pregunta esta tomando la primera calada del porro—. Es mono. ¿Mánchester?

—Watford.

—Vaya. Llevo demasiado tiempo fuera del país. Cuéntame cómo es Watford.

—Es un pueblo. En Inglaterra.

—Eso ya lo sé, Amy. ¿Es bonito?

—No sería la primera palabra que usaría para describirlo.

Tiene ganas de llamar a su suegro, Steve, dentro de un rato. Es viernes, así que debería estar en casa. Seguro que alucinará cuando le cuente que trabaja para Rosie. Siempre tuvo debilidad por las mujeres fuertes. Igual volverá a tenerla algún día.

Pensar en mujeres fuertes le hace pensar en Bella Sanchez. Y pensar en Bella Sanchez le hace pensar en Mark Gooch. Y pensar en Mark Gooch le hace...

Y ahí reside el problema, ¿no, Amy? Cuando te relajas, piensas. Nada de eso es asunto suyo. Para de pensar, Amy. Siempre te ha perjudicado. Arrea golpes, conduce a toda pastilla, desactiva explosivos, pero, por el amor de Dios, no pienses. La vida no es como ir a la escuela.

—En Inglaterra están como cabras —dice Rosie—. En los años ochenta me querían, en los noventa me odiaban, en los dos mil se olvidaron de mí, en los dos mil diez se acordaron de que existía y ahora vuelven a quererme. Y en todo ese tiempo yo no he movido ni una ceja. ¿Has leído algún libro mío, Amy la guardaespaldas?

—No —miente Amy.

Todo el mundo ha leído alguna de las novelas de Rosie d'Antonio. Amy las lee desde que era una quinceañera. Una trabajadora social le pasó una, llevándose un dedo a los labios para avisarla de que aquel pequeño contrabando

debía quedar en secreto entre ellas. Y menudo secreto. La muerte, el glamur, la ropa, la sangre. Hombreras en las chaquetas y veneno en la sangre. Pero es importante no tratar a un cliente como si fueras una fan. A las balas les da igual lo famoso que seas. Frase que, de hecho, es uno de los lemas de Maximum Impact Solutions.

Amy estuvo releendo *La muerte aprieta el gatillo* en el avión que la trajo ayer. La habían adaptado al cine con Angelina Jolie de protagonista, pero la novela era mejor. Sexo a raudales con millonarios, montones de armas. Terreno conocido para Amy.

—¿Casada? —pregunta Rosie—. ¿Niños?

—Casada, sin hijos.

—¿Buen hombre el tío? ¿El marido?

—Sí, lo es —dice Amy pensando en Adam—. Por lo menos tan bueno como yo. Me gusta.

Rosie asiente.

—Buena respuesta. ¿Se preocupa por ti?

—No le gusta que me disparen. Y una vez, en Marruecos, me atacaron con una espada, y él lloró.

—¿Y tú lloraste?

—No lloro desde que tenía doce años —responde Amy—. Aprendí que no servía de nada.

—Buena manera de andar por la vida —dice Rosie—. ¿Puedo meterte en un libro? Casi uno setenta, ojos azules, rubia, no llora nunca, se carga a los malos...

—No. No me gusta la publicidad.

—Prometo no decir nada de tus orejas.

Amy y su suegro hablan todos los días. No es algo que hayan acordado. Solo es una costumbre que es importante para ambos. Bueno, lo es para Amy, que espera que también

lo sea para Steve. A veces se saltan un día. Por ejemplo, ella tuvo que permanecer callada doce horas seguidas en ese oleoducto por culpa de una banda de matones a sueldo, con lo que ese día tuvo que conformarse con los mensajes de texto. Steve lo entiende. El trabajo es lo primero.

—¿Te dejan elegir la ropa? —pregunta Rosie—. ¿O vas de uniforme?

Amy se mira la ropa de combate y la camiseta descolorida Under Armour.

—Yo la elijo.

Rosie levanta una ceja con gesto inquisitivo.

—Bueno, nadie es perfecto —dice.

A Amy no le gusta dejar que pase demasiado tiempo entre llamada y llamada porque es imposible saber qué estará comiendo Steve, si estará cuidándose. En su opinión, no tiene lógica alimentarse mal.

Seguramente, también debería llamar a su marido, pero por Adam se preocupa menos. Y, además, ¿de qué iban a hablar?

—Cuando llegaste —dice Rosie—, te vi un ejemplar de *La muerte aprieta el gatillo* encima de la bolsa. Vi que tenías marcada una página, más o menos a la mitad.

Amy asiente. La han descubierto.

—Siempre me informo sobre los clientes.

—No me vengas con historias —replica Rosie—. ¿Te gusta?

—No tenía nada más que leer.

—Pues claro que te gusta. Te lo veo en la cara. ¿Leíste el fragmento en el que ella dispara al tipo en el avión?

—Me gustó esa parte —reconoce Amy.

—Sí, claro que sí —dice Rosie asintiendo—. Estuve sa-

liendo con un piloto y me dejó disparar un arma en su jet privado para documentarme. ¿Lo has hecho alguna vez?

—¿Disparar en un avión? No —miente Amy.

—En realidad, no es para tanto. Tuvieron que cambiar la tapicería de cuero de uno de los sofás y listo.

—Si la bala hubiera perforado el fuselaje, la cabina se habría despresurizado y habríais podido morir todos —argumenta Amy.

Una vez tuvo que tirarse en paracaídas de un avión después de que ocurriera exactamente eso. Los cinco días siguientes los pasó esquivando las fuerzas rebeldes de Burkina Faso. En realidad, se lo pasó muy bien. Amy cree que la adrenalina es buena para el alma y muy buena para el cutis. A veces, ve tutoriales sobre el cuidado del cutis en Instagram, pero ningún truco de belleza tiene los efectos de que te disparen y tengas que saltar de un avión. ¿A lo mejor tendría que dedicarse a hacer vídeos? Una vez más se da cuenta de que está pensando, así que deja de hacerlo.

—Pues entonces fue una suerte que no pasara eso —dice Rosie terminándose el vaso de ese mejunje verde—. Soy un culo inquieto. ¿Te apetece que vayamos a la costa? Podríamos tomar una copa, armar un poco de jaleo...

Los problemas de Rosie habían empezado cuando, en su novela más reciente, *Hombres muertos y diamantes*, incluyó a un personaje para el que se había inspirado claramente en un oligarca ruso de la industria química llamado Vasiliy Karpin. Al parecer, el tal Vasiliy carecía del sentido del humor que cabría esperar en un billonario de la industria química, así que le envió una bala por correo y, no contento con eso, ordenó el secuestro de la escritora en una firma de libros en Nashville. La intentona fue una

chapuza, pero Rosie se vio obligada a reclamar los servicios de los profesionales y tuvo que replegarse a sus cuarteles de invierno hasta nueva orden.

Se han abierto cauces de diálogo. Jeff Nolan, el jefe de Amy, se ha puesto en contacto con ciertos colegas de Vasiliy residentes en Londres. Hay conversaciones abiertas. No tardarán en persuadir al ruso de que deponga sus planes de venganza. Maximum Impact Solutions tiene a varios clientes en cartera que podrían hacerle unos cuantos favores. Se llegará a una solución de compromiso. Aplacarán la furia de Vasiliy y Rosie podrá retomar su vida donde la había dejado. Y, si no cae esa breva, Amy estará preparada.

Entretanto, Amy y Rosie están varadas en esta isla idílica, acompañadas de un jefe de cocina que ha recibido un curso de formación acelerada en artes culinarias. La verdad es que a Amy no le vendría nada mal pasar unos días aquí; si es sincera consigo misma, necesita un poco de descanso, aunque pronto tendrá que volver a liar el petate. Nadie va a asesinar a Rosie d'Antonio, así que Amy, en realidad, no es más que una niñera extremadamente cara. No le ve la gracia, ni para ella ni para Rosie.

—No nos vamos a ningún lado, por ahora —dice—. Podrían asesinarte.

Rosie pone cara de resignación y empieza a liarse otro porro.

—Ay, Amy, casi prefiero que me maten a morirme de aburrimiento.

Y sobre esta cuestión, Amy Wheeler, que pasó gran parte de la infancia encogida y sin hacer ruido para pasar desapercibida, se inclina a estar de acuerdo.